

DEL PASADO...

LA ACERA DEL LOUVRE

Por JUAN VIVO

LA Acera del Louvre era en el año de 1882 al 1895, el lugar más céntrico de la pequeña urbe, a donde acudía, sobre todo, por las noches, numeroso elemento masculino, cuya única finalidad, era el disfrute de placeres lícitos.

Empezaba en la esquina de la calle de San Rafael y terminaba en la curva que enlaza con la de San Miguel, en que se iniciaba lo que Ignacio Souza llamaba «El Haren», por estar todas las casas de las dos primeras cuadras ocupadas por mujeres de la vida «alegre».

Se puede decir, que los dominios de los llamados «Jóvens de la Acera», abarcaban la manzana entera, pues en la calle de San Miguel y Consulado había dos cafetines muy frecuentados por ellos al aclarar el día cuando regresaba de «Capellanes» o «El Ermitache».

Esos cafetines, en los que se han introducido las reformas exigidas por el progreso, eran «El Ariete» y «Santa Bárbara».

Por la calle de San Rafael en dirección a la de Consulado, había tres establecimientos rujosos llamados «El Refrigerador» de Mantecón, «La Granja» y «La Flor de Lis», en cuyos altos solía tirarse de la oreja a Jorge, y en la esquina de ésta última calle el restaurante «Las Tullerías», con una serie de reservados en los altos por la calle de Consulado, para las parejas que no deseaban ser vistas.

«La Acera», no era sólo de ellos, pues allí se reunía lo mejor del sexo fuerte y galante de la ciudad, desde el aristócrata más refinado hasta el banquero más respetable; desde el militar de alta graduación hasta el acaudalado comerciante, con aquella juventud dorada, hijos en su mayoría, de las mejores familias cubanas y españolas.

Como había división social, era imposible la mezcla con seres marcadamente inferiores. Realmente concurrir a aquel círculo, era como ser socio de un club al aire libre.

Todos los que tenían contacto con

los «Jóvenes de la Acera», padecían de Hipestimia, lo que dió lugar a que disfrutásemos de ser el país más alegre del mundo, pues la alegría era la nota más generalizada de aquella época, como la de hoy es la tristeza.

Algunos de los encopetados señores que allí acudían, se mezclaban con esa juventud alegre, que muchas veces logró que ellos tomaran parte en sus diversiones, pues reinaba entre todos un ambiente de confraternidad que no volverá a respirarse en este país.

Los edificios de «La Acera», se componían de dos plantas, sin ningún portal, ocupando los altos del café «El Louvre», que también se llamó «Escauriza», un gran salón donde el empresario Federico el Grande, llamado así por su gordura, daba los sábados bailes de pensión con la orquesta de Raimundo Valenzuela, cuyos sonidos del cornetín, tocado por su hermano Pablito, los oía el Capitán General en el Palacio de la plaza de Armas.

El primer portal, fué construido cuando el ingeniero Tarafa reedificó, reforzando los bajos con numerosas columnas para agregarle algunos pisos, en época de don Felipe González.

Sucesivamente fueron reedificándose los demás, hasta el último que termina en la calle de San Miguel, donde estaba el café «Los tres hermanos», y hoy el hotel «Telégrafo», que entonces formaba parte de «Los helados de París», por la emprendedora doña Pilar, en época republicana, generosa donante al general José Miguel Gómez, del sillón presidencial, que no sé si será el mismo que han ocupado los demás presidentes.

El Orden Público destinado a prestar servicio en «La Acera», procedía de las filas del ejército, siendo escogidos para tan delicada misión. Jamás usaban confianza con los diversos elementos que concurrían a aquel lugar, teniendo consideraciones con todos los que a diario los



M

2

trataban. Hombres sin familia en el país, procuraban cumplir con su deber sin violencias, pues para ellos la vuelta a las filas del ejército, significaba un castigo.

La oficialidad era casi toda nativa, procediendo de las promociones de las academias militares de infantería y caballería, situadas en el antiguo cuartel de Dragones y en Zanja y Belascoain, a excepción del Jefe de Policía, como Paglieri, Elías y Berenguer, que eran españoles y con categoría de Coronel.

Algunos de esos oficiales son hoy generales, como Bens y Olfau; otros como Julio César Martín Calvet, Matías Padilla y los hermanos García Delgado han muerto y otros viven y toman parte en la actual revolución española, con alta categoría.

Es incierto que aquella juventud y algunos concurrentes a «La Acera», cometieran ciertos hechos, que el vulgo les achaca, pues jamás fueron molestadas las familias que por allí pasaban a la salida del teatro «Tacón», las noches de ópera a refrescar en los distintos establecimientos de «La Acera» o en «El Anón del Prado». Muchos de los que se encontraban por allí, se unían a ellas, pues eran familiares o amigos.

Los jóvenes y la mayoría de los concurrentes a «La Acera», estaban bien preparados para la vida social, de la que muchas veces formaban parte en los bailes de «La Caridad del Cerro» y en las reuniones de las familias más distinguidas de la ciudad, lo que justifica el hecho de que en algunas de las representaciones, que con fines benéficos se efectuaron en el teatro «Tacón» organizadas por la encantadora tiple Margarita Pedroso, perteneciente a la «élite» social más elevada, tomara parte el joven Ramiro Mazorra, del grupo de «La Acera», cuya voz, parecida a la de Matehu, era maravillosa.

Como aquellas representaciones con fines benéficos tuvieron éxito, se efectuaron varias con igual fin, entre ellas Adriana Angot, en la que el coro de conspiradores, formado

por algunos jóvenes de «La Acera», fué bisado siete veces, pues según opinión general, jamás se había visto en el tablado, un conjunto tan gracioso.

Como muchos de esos jóvenes, pertenecían al muy benéfico Batallón de Bomberos de la Habana, del grupo de las célebres «Camisetas Rojas», se organizó en el año de 1892, una función a beneficio del cuerpo, con el objeto de adquirir un cuartel para el servicio de incendios y completar el instrumental de la música, pues todo el material, incluyendo las bombas y caballos, era costeadado por ellos.

Para satisfacer la curiosidad del lector, muchos de los cuales asistirían a aquella inolvidable representación, inserto el programa que combinaron aquellos simpáticos jóvenes, la mayoría de los cuales han pagado su tributo a la muerte.

Primera Parte

La comedia en un acto, arreglada del francés por don Emilio Mozo Rosales: «Roncar Despierto». Reparto: Clara, señorita Delmonte; Toribia, Eugenio de Santa Cruz; Juana, señorita López; Fernando, Nemesio Guilló.

Segunda Parte

1.—Orquesta del teatro. 2.—Pieza de canto por el señor Rigal. 3.—E. violinista don Fermín Valdés, primer premio del Conservatorio de Bruselas, en obsequio al cuerpo, tocará una de sus piezas favoritas. 4.—El chistoso monólogo titulado «Perfeto Zapatoste», original de Eugenio de Santa Cruz, recitado por él.

Tercera Parte

1.—Orquesta del señor Ankermann. 2.—Pieza de canto por el señor Villarreal. 3.—El episodio cómico-bufo, original de los jóvenes de «La Acera», «El caimán reformado», con la célebre parodia de «Los frijoles», cantada en competencia por los señores Eugenio de Santa Cruz y Ramitos. Reparto: María, señora Delmonte; Luisa, señorita López; Victorino Illas, señor A. Arango; Alvaro Folganes, señor R. Mazorra; Un billettero, señor G. de Cárdenas; Perfecto dependiente, E. de Santa Cruz; Negro Domingo, señor Enrique Muro.



Esta función, que se efectuó en el teatro «Payret», de más capacidad que el «Tacón», fué un éxito de taquilla, pues muchos espectadores estaban de pie detrás de los palcos, siendo tan numerosas las repeticiones, sobre todo, «Los Frijoles» que la representación duró hasta las dos de la madrugada.

De todos los que tomaron parte de ese inolvidable espectáculo, el único que vive, es el violinista Fermín Valdés, recientemente operado, con éxito, por los doctores Gros y Emilio Romero, en el Instituto del Cáncer.

«La Acera», tuvo sus notas dignas de mención. En las puertas del «Cosmopolita» de Berenguer y Negra, se estacionaban todas las noches dos tipos curiosísimos. Uno de ellos llamado Juan, alias «Patilla», poseía en la calle de Acosta, al lado del Arco de Belén, una casa de tapadillo de alto copete, frecuentada por damas escogidas de la vida galante, las que él proponía por medio de varios agentes, sobre todo, por uno a quien llamaban «Chaveta». El otro personaje, era el popular vendedor de periódicos Treles, que esperaba a que Pancho Negra lo llamara para que fuera a comer a la cocina. La quiebra de la «Caja de Ahorros» le pescó quince mil pesos, por lo que estuvo muchísimo tiempo fuera de juicio.

Se cometieron algunas calaveradas propias de la edad y de la clase de vida que la mayoría llevaba, pero ninguna de funestas consecuencias, para la sociedad, como ha sucedido recientemente.

En los Carnavales, todos los concurrentes a «La Acera», tenían la costumbre de lanzar huevos rellenos de harina, contra los asistentes al paseo, los que contestaban en igual forma, hasta que prostituida dicha costumbre por lanzamiento de otra clase de proyectiles, fué prohibida por el Jefe de Policía, coronel Martínez, al recibir lanzado por Carlos Maciá desde los altos del café «El Louvre», en una de las condecoraciones que lucía en el pecho, un huevo relleno de vermellón. Este, que tenía un genio átroz, ordenó dar plana a la multitud reunida en «La Acera», cesando para siempre semejante diversión que obligaba a los que se ponían a tiro a ir vestidos de blanco, con gran satisfacción de los dueños de trenes de lavado.

REALMENTE, casi toda la juventud que frecuentaba aquellos lugares formó parte de lo que se ha dado en llamar los «Jóvenes de la Acera», perteneciendo muchos de ellos a los clubs de base ball «Habana» y «Almendares», del primero de los cuales fué presidenta Josefina Herrera, condesa de Fernandina, y Luis Rodríguez, del segundo.

Cuando se organizó la comparsa, «La Cruz Roja», sus componentes llegaron a cincuenta, escogiendo como disfraz dominó negro con una cruz roja en el pecho. El primer asalto, fué en casa de Boneli, fabricante de un unguento que lleva su nombre, él que, habiendo obtenido un premio a la lotería de Madrid, daba un baile de máscaras en su casa de la calle de Concordia, al que acudieron con la premeditada idea de consumirse los comestibles y bebestibles que tuviera preparados.

Cuando llegaron, el baile estaba en su apogeo, recibiendo los Boneli con demostraciones de alegría, aunque en su cara se reflejaba cierto malestar. En el patio había una hilera de sus barrilitos con laguer, de los que recibían Mantecón y Pancho Negra, conteniendo cada uno ciento veinte copas, en total setecientas veinte, y en el comedor, una gran mesa con ramilletes, salvillas de dulces y botellas con varias clases de bebidas.

Lorenzo Betancourt y Carlos Maciá, se comprometieron a beberse un barrilito de laguer, lo que obligó a los demás a ingerir tan diurética bebida. Estuvieron más de dos horas atacando todo lo que podían, y fué de tal magnitud el ataque, que mientras Betancourt y Maciá se bebían las ciento veinte copas en aquel tiempo, los otros acabaron con todo lo demás.

El segundo asalto, estaba destinado a una casa aristocrática del Cerro, pero desistieron de darlo, pues salieron de allí en un estado lamentable, faltando abiertamente al Banco que prohibía hacer aguas en las esquinas.

Muchas noches establecían la Peña, en el parque frente al «Louvre», a la misma hora en que se formaban en otros lugares del mismo, la de los artistas, la de los periodistas y escritores, en la que figuraban Valdés Sotoca y el padre de los

Mayo 31/39

12

4

Robreños, y la de los músicos, todas ellas integradas por noctámbulos, pues la del Bolsin, que se situaba frente al teatro «Albisu», se disolvía cerca de las once.

Como quiera que hacían de la noche día, resultaba que siempre estaban en «La Acera», un número considerable de ellos. La Peña, que se situaba frente al «Louvre», tenía por objeto esperar la terminación de las salas en las casas de la vida alegre.

Unas de esas noches, Néstor Aranguren, que siempre acudía por allí a última hora, se apareció con un paquete de periódicos para ponerlos en la silla, que siempre estaban húmedas por el rocío. Cerca de ellos, estaban dormidos tres individuos de mal aspecto, uno de los cuales roncaba estrepitosamente.

Eugenio de Santa Cruz, cogió uno de los periódicos y haciendo una pelota, fué a colocarla debajo de la silla del que roncaba, pegándole fuego. Este, al sentir el calor en las posaderas, se levantó dando gritos, llamando a sus compañeros, profiriendo amenazas, dirigiéndose los tres en dirección a la calle de la Bomba, hoy Progreso, seguidos por un coro de trompetteillas y silbidos.

No habían pasado diez minutos, cuando se aparecieron, no en número menor de veinte, provistos de palos, piedras y otros materiales de ataque. Al recibir Enrique Muro la primera pedrada, se levantaron todos atacando a su vez, echando ellos a correr en dirección a la plazoleta de Albear. Al ver Feliciano Mallén, que se iban a internar en la calle del Obispo, disparó su revólver, con tan mala suerte, que la bala fué a herir a un Orden Público que desembocaba por la esquina de Bernaza, con el machete en la mano. La confusión fué enorme. En menos de un segundo se vieron rodeados de cuatro parejas, desapareciendo Mallén por la calle de Monserrate, el que afortunadamente fué visto por el guardia lesionado, el que le decía a los demás: «El que huye, me ha herido».

Acudieron varios oficiales que estaban en el café «El Casino», entre ellos Julio César Martín, Bens, Páramo, Mahy y otros, los que les condujeron a la Inspección más próxima, evitando que fueran conducidos por los guardias, por lo que pudiera suceder. El hecho no tuvo mayores

consecuencias, pues la herida del guardia era leve, limitándose la autoridad a buscar a Mallén, el que embarcó pocos días después para Francia, donde permanecido muchos años, encontrándose en la actualidad entre nosotros.

«La Acera», fué el reflejo de los componentes de la sociedad de aquella época. Muchas eran las personas respetables que acudían todas las noches a ese lugar encantador, atraídas por la simpatía que inspiraba aquel grupo de jóvenes bien educados y caballerosos, de los cuales eran, no solamente amigos, sino en muchos casos protectores, por cuyo motivo casi toda aquella juventud ocupaba cargos en la Administración, siendo muchos de ellos magníficos empleados, como Aurelio Alguerne y Raúl Sedano, que desempeñaban los Registros de la Propiedad, en los que ganaban mucho dinero con tan delicadas funciones.

Allí se reunían: el general Lachambre, Ignacio Sandoval, marqués de Sandoval, Miguel A. Herrera, pariente de Herrera Sotolongo, Joaquín Ruiz, comandante de Ingenieros, José Mendo Figueroa, secretario del Consejo de Admon., Enrique Villavicencio, Consejero del Tribunal de Cuentas, Tomás Alonso Colmenares, sobrino del Presidente del Tribunal Supremo de España, Luis Felipe Jurado, capitán de Admon. Militar, Golzueta, del Cuerpo de Ingenieros, el general Fidel A. de Santoscildes, gastador como él sólo, y algunas veces el Intendente General de Hacienda, de apellido Cabezas, del que el abuelo de Márquez Sterling, decía: «Qué no tenía singular».

Los titulados «Jóvenes de La Acera», eran numerosos, siendo los más conocidos, Enrique Muro, Nemesio Guillot, Alberto Jorjín, Eugenio de Santa Cruz, Agustín Laguardia, fallecido de muerte en los Pabellones del Cuerpo de Ingenieros Militares, Nicolás de Cárdenas (Colín), José y Ernesto Jerez y Varona, Gonzalo O-Farrill, José López Senén, teniente de Caballería, Oscar Helzt, uno de los mejores fotógrafos que ha venido a Cuba, Alfredo Arángo, Felipe Romero, Eduardo Bonell, Raúl Kay, Charles Aguirre, Pedro P. Echarte, Jesús Sotolongo, Pío Gaurord, Arturo Mora, Ignacio Sousa,



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

5

Luis Sabatés, Villita, Andrés Moreno de la Torre, Feliciano Mallen, Balbino Delfino, Gonzalo de Cárdenas, que en las encerronas que se celebraban en «Capellanes» y en la plaza de toros, llegó a matar con tal destreza, que el mismo Mazantini, lo felicitaba y Ramón Hernández, fallecido recientemente, buen

jugador de base ball, noble amigo y correcto caballero, Agustín Cervantes, Gabriel de Cárdenas y un centenar más.

Había un reducido grupo, que melodeaba por los alrededores del café restaurante «Los Tres Hermanos», por «Fornés», por la calle de «San Miguel», y por «El Arieté», compuesto por una especie de gigolós, con todas sus generales. Elegantes, buenos mozos y hábiles bailaróres) siendo los más nombrados, Pancho Briñas, Carlos García, Juan Rodríguez (Rodriguito), José Estrada, José Quintana, que provocó el duelo entre Palacios y Angel Soler, teniente de Caballería efectuado en los altos del teatro «Payret», que le costó la vida a Palacios y algunos otros.

Jamás se hablaba de política, concretándose aquella juventud a votar por el partido Autonomista. La presencia de A. Maceo y sus visitas a «La Acera», en compañía de Alfredo Arango, produjo cierta efervescencia, siendo muy bien recibido, hasta por algunos militares, entre ellos, Santos Gilde, que el destino hizo que ambos fueran víctimas de la guerra.

Todos ellos, sabían que aquella juventud se había comprometido a formar parte de la revolución que se preparaba, sin que tomaran ninguna medida para evitarlo. Se conspiraba en alta voz, haciendo la vista gorda a las entrevistas que Maceo celebraba con Moreno de la Torre y otros conocidos separatistas, en su habitación del hotel «Inglaterra».

Toda aquella juventud, espíritus selectos, criada entre pañales, apesar de los sports, y mimada por una sociedad, fué heroicamente a sufrir las penalidades de la manigua, cayendo como hojas arrancadas por un vendaval. Pocos resistieron cambio tan brusco de vida en una gue-

rra que fué más contra la naturaleza, que contra un enemigo que la quería prolongar con fines especulativos.

«La Acera» no existió, desde la noche en que Julio Sanguily, que siempre creó problemas en aquel lugar, penetró en el café «El Louvre», zona no evacuada todavía por el ejército español, en unión de otras personas, provocando por su imprudencia y la del borracho de Aldereté, la muerte de su ayudante Jesús Sotolongo, mi inseparable amigo, y la del estudiante Jiménez Blesa, que dejó los sesos en la pared de la esquina de la calle de San Rafael, y al cual nadie recuerda.

La presencia de la Comisión Americana, hospedada en el hotel y la intervención del hijo de Jiménez Castellanos, que ordenó la formación del batallón de «Colón», frente a «La Acera», evitó una noche sangrienta parecida a la de San Bartolomé.

El «Louvre» está cerrado y sólo debe llamarse esa parte histórica de la ciudad «Los portales del hotel «Inglaterra».

Abril 10/37



BATRIMONIO DOCUMENTA

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA